

EL FUTURO DE SUDAFRICA

por PAUL JOHNSON* **

¿Cuál será el futuro de Sudáfrica? ¿Tiene algún porvenir en su forma actual? De lo contrario, ¿cuál será su nueva forma? y ¿cuánto tendrá lugar el cambio? Todos en Sudáfrica se formulan estas preguntas, al igual que muchas personas en el resto del mundo. Es muy difícil contestarlas, mucho más de lo que supone la mayoría de aquellos que sostienen una opinión muy dura respecto de Sudáfrica. A mi juicio, la mejor manera de comenzar a responderlas consiste en plantear la siguiente premisa: lo que ocurra en Sudáfrica dependerá en gran medida de lo que suceda en el resto del continente africano. ¿Por qué? Porque Sudáfrica es en muchos aspectos un típico país africano.

Ahora bien, lo dicho anteriormente podría parecer un razonamiento paradójico y provocativo, de modo que procedamos a analizarlo. En primer lugar, veamos en qué aspectos Sudáfrica es un típico país africano, y luego en qué aspectos difiere del resto de las naciones.

Existen seis importantes aspectos en los cuales es un país típico. El primero es tal vez el más crítico. Al igual que cualquier otro Estado africano, está experimentando un aumento muy rápido de su población. Africa es el último de los continentes que han vivido lo que comúnmente se llama la explosión demográfica.

Ahora bien, los rápidos aumentos de la población no son sólo sucesos de carácter demográfico, ya que además traen consigo importantes consecuencias políticas y a menudo geopolíticas. La primera explosión demográfica ocurrió en la Europa del siglo 19, y explica el fenómeno de migración masiva y colonialismo que se observó en ese continente por aquella época. Luego se extendió a Asia y Sudamérica.

En Africa este proceso recién está comenzando, pero la curva de crecimiento poblacional está elevándose con rapidez y ya está produciendo efectos contraproducentes. Hasta ahora Sudáfrica ha logrado evitar los peores de estos males, pero en su interior se están haciendo sentir intensas presiones populares, tal como ocurre en todas las demás naciones africanas.

* PAUL JOHNSON: Historiador británico. Autor de numerosos libros: "A History of the Modern World", "Intelectuals", "A History of the jews", entre otros.

** Este artículo corresponde a una conferencia pronunciada ante un grupo de invitados de la empresa East Daggafontein Mines Limited, con ocasión de la apertura de la mina de oro Daggafontein el 8 de octubre de 1987.

El crecimiento demográfico exagera la más sorprendente particularidad del continente africano: su falta de unidad racial, cultural y lingüística. Ningún otro continente está tan fragmentado, especialmente la región al sur y al sudeste del Sahara. Antes de que interviniera el colonialismo, África estaba comenzando a desarrollar unidades territoriales de mayor tamaño mediante un proceso de imperialismo tribal.

El período colonial, que duró aproximadamente un siglo, aceleró el proceso y transformó varios miles de sociedades tribales en cerca de cincuenta Estados superficialmente modernos que en la actualidad son independientes. Casi ninguno de ellos es homogéneo. Incluso Estados pequeños, como Ruanda, se encuentran divididos por profundas y radicales fisuras. En el primer cuarto de siglo de su independencia, estas divisiones han ocasionado espantosas guerras civiles en Chad, Sudán, Zaire, Uganda, Nigeria, Etiopía y otros países. En ocasiones, como ocurre en Angola y Mozambique, estas guerras civiles poseen un fuerte elemento ideológico. Pero en todas ellas interviene además el elemento tribal o racial, que por lo general es predominante.

Ello nos lleva al segundo aspecto que hace que Sudáfrica sea típica. Es esta una nación africana vasta y populosa. Y debido a su gran tamaño, sus problemas raciales, al igual que los de Nigeria, Zaire y Sudán, por ejemplo, son particularmente complejos.

Hoy en día en África tienen lugar al menos cinco guerras civiles de importancia. Hasta ahora Sudáfrica se las ha arreglado para evitar un desastre similar, y este es un logro considerable. Sin embargo, tal como ocurre también en otros Estados africanos, existen fuerzas que están ejerciendo presiones para desatar una guerra civil, y hay muchas personas influyentes, tanto dentro como fuera del país, que en efecto desean que se produzca un conflicto de esta naturaleza. Si bien fuera del continente africano existe la presunción de que cualquier guerra civil en Sudáfrica sería necesariamente entre blancos y negros, la realidad es obviamente mucho más complicada.

El grupo racial más numeroso en Sudáfrica es el *zulú*, que más que un grupo racial es un grupo nacional, puesto que a su vez está dividido en cerca de doscientas tribus, cada una de ellas subdividida en clanes. El segundo lugar en tamaño lo ocupa el grupo de los blancos, pero éstos también están compuestos de diversos grupos étnicos y culturales —holandeses, ingleses, franceses y alemanes, por ejemplo—, y hablan dos lenguas distintas: el afrikaans y el inglés. Existen además importantes subgrupos: portugueses, griegos, judíos, italianos, y los llamados blancos de Rhodesia. El tercer lugar en tamaño lo ocupan los *xhosa*, seguidos por los grupos de color los *sotho* del norte, los *sotho* del sur y los *tswana*.

Además de estos siete grupos principales existen siete grupos raciales de menor importancia que van desde los *shagaan* y los asiáticos hasta los *venda*. Estos últimos forman el grupo más pequeño, pero incluso ellos tienen veintisiete tribus distintas. En realidad, todas estas catorce divisiones raciales de Sudáfrica contienen subdivisiones internas. Así, pues, la población asiática se divide en hindúes, musulmanes, cristianos y budistas. Entre los diversos

grupos de negros las divisiones lingüísticas son particularmente importantes, pues hablan cuatro lenguas principales y veintitrés secundarias.

El tercer aspecto que transforma a Sudáfrica en un país típico es que la presión popular por obtener tierras está empujando a la gente hacia las ciudades, y especialmente hacia las metrópolis. El Cairo es actualmente la primera megalópolis africana, pero en todo el continente ciudades como Lagos, Dakar, el conglomerado de centros urbanos de Johannesburgo, Kinshasa, Jartum, Nairobi y Harar, están expandiéndose a una velocidad impresionante. La mayoría de los recién llegados viven en barriadas pobres, a menos que se adopten medidas deliberadas y enérgicas para establecerlos en otro sitio. En estas ciudades de inmigrantes, también caracterizadas por tasas de natalidad muy altas y en permanente aumento, las estadísticas de delitos graves, especialmente asesinatos y violaciones, son impresionantes.

Estos florecientes, violentísimos y gigantescos complejos urbanos crean alarmantes problemas a las autoridades de todos los países africanos; y en este sentido nuevamente Sudáfrica es un país típico. Los gobiernos han descubierto que, a menos que respondan con energía, las barriadas y los suburbios de inmigrantes se transforman en áreas de acceso vedado para la policía, y son dominadas y repartidas entre pandillas rivales, con el consiguiente peligro de que toda la ciudad se torne ingobernable.

De modo que los gobiernos responden empleando un método que se ha convertido en la maldición del continente: la tecnología social. Las personas no son tratadas como seres humanos individuales, sino como unidades atomizadas y son traspaleadas de un lugar a otro como si se tratara de concreto o ripio.

En la actualidad Sudáfrica está encaminándose hacia la abolición de las leyes que sólo permiten a los negros permanecer en ciertas áreas, y del sistema de control de los desplazamientos de los ciudadanos, luego de haber sido el primer país en implantarlos. Ello ha encontrado muy buena acogida, pero desgraciadamente el uso de documentos de identificación se ha extendido por toda Africa, y cuando los movimientos están restringidos, el buldozer no se hace esperar. La mayoría de los gobiernos africanos lo usan para demoler poblados no autorizados. Una enorme cantidad de individuos miserables son despojados de su hogar sin previo aviso por gobiernos aterrados ante la posibilidad de ser arrasados por multitudes descontroladas.

Por ejemplo, en los países africanos negros situados justo al sur del Sahara, las autoridades luchan desesperadamente para repeler a los nómadas del desierto impulsados hacia el sur por la pobreza o la sequía. Cuando la policía fracasa, se envían a la zona columnas punitivas de soldados.

Sudáfrica posee la fuerza represiva interna más eficaz del continente, aunque de ningún modo la más numerosa. Es objeto de gran admiración y es imitada por otros gobiernos africanos, que cuando pueden adquieren o copian el equipamiento policial sudafricano. Todas estas fuerzas de seguridad son implacables y capaces de actuar con impredecible violencia. Pero, a diferencia de la policía sudafricana, muchas de ellas reciben malos sueldos, son indisciplinadas y, por consiguiente, mucho más brutales.

Gran parte de la información sobre el costo humano del control social y de la tecnología social en el África negra no es divulgada. En contraste, Sudáfrica posee una prensa amplia, variada, y en muchos aspectos excelente. Por lo tanto, a pesar de todas las restricciones legales sobre la información, sabemos bastante bien lo que ocurre allí.

La tecnología social africana se aplica —tal vez inevitablemente debido a la falta de homogeneidad— sobre una base racial y cultural. He aquí otro aspecto en el que Sudáfrica es un país típico. Todos los Estados africanos tienden a ser racistas. Casi sin excepción, y con diversos grados de animosidad, discriminan en contra de los grupos raciales y religiosos: judíos, blancos, asiáticos, no musulmanes, minorías o incluso mayorías tribales. En toda África no existe nada semejante a una auténtica sociedad multirracial. Al parecer no hay ningún país africano donde los orígenes tribales o raciales, el color de la piel o la afiliación religiosa no sean de primordial importancia como criterio para otorgar o denegar a las personas sus derechos elementales.

Entre los diversos países africanos varía el grado en que la práctica de la discriminación está formalizada o arraigada en las legislaciones y en las filosofías oficiales. Muchos de ellos sustentan algo semejante a una teoría política, elaborada en los departamentos de ciencias políticas o sociología de las universidades locales. Así, Tanzania posee el *ujaama*, Ghana el *conciencismo*, Senegal la *negritud*, y Zambia el *humanismo zambiano*. Por su parte, Zaire abraza una filosofía nacional, el *mobutismo*, llamada así en honor a su dictador militar, Mobutu Sese Seko. El *apartheid*, cuya forma más moderna y compleja fue elaborada en el Departamento de Psicología Social de la Universidad de Stellenbosch, es un ejemplo típico de esta modalidad particular de teoría política que se ha desarrollado en África durante la última mitad de este siglo. Aunque parezca paradójico, el *apartheid* no es un concepto que divida a Sudáfrica del resto del continente. Por el contrario, es la expresión local de la personalidad ideológica africana. Jamás un continente ha sufrido más por obra de sus intelectuales de mentalidad politizada. En este sentido, nuevamente Sudáfrica es un país típico.

Pues bien, esos son los seis principales aspectos en que la República Sudafricana es en gran medida parte del continente. Con todo, existen asimismo cinco importantes aspectos que la transforman en un país bastante atípico. El primero es la riqueza y la infraestructura.

En ciertos aspectos, Sudáfrica es un país del Tercer Mundo, al igual que todos los demás Estados africanos; pero es el único entre ellos que también exhibe algunas características propias de una nación desarrollada. Su riqueza es a la vez artificial e intrínseca. Posee la que es con mucho la más rica y la más variada gama de recursos naturales de todas las naciones africanas. Sus poblados, tanto de negros como de blancos, eran originalmente muy pobres, dedicados por entero a la agricultura y en gran parte al pastoreo. Pero desde el descubrimiento de grandes cantidades de diamantes durante la década de 1860, y aún más desde el descubrimiento de las colinas auríferas de Rand (Witwatersrand) en la década de 1880, ha surgido como el más rico depósito de minerales del mundo, sólo superado en cantidad por la Rusia soviética.

Exporta alrededor del 85 por ciento de lo que extrae o refina. Es el más grande proveedor del mundo en nueve productos claves, y el segundo en dos

más. Asimismo, se encuentra entre los diez mayores proveedores de productos básicos como cobre, estaño, níquel y carbón mineral. Posee entre el 50 por ciento y el 90 por ciento de las reservas occidentales conocidas de muchos metales esenciales y escasos, y en una amplia gama de productos tanto Sudáfrica como la Unión Soviética controlan entre ambas virtualmente todo el abastecimiento y las reservas mundiales.

El segundo aspecto en el cual Sudáfrica se diferencia de los demás países es que su riqueza mineral se ha transformado en la base de una economía moderna, la única en toda África. Al sur del Sahara, los sudafricanos no sobrepasan el 10 por ciento de la población, pero controlan cerca del 75 por ciento del total del producto nacional bruto. El núcleo de su moderna economía se encuentra en la minería, y después de la URSS posee la mayor industria minera del mundo, que da empleo a 700 mil personas, en comparación con 470 mil en los Estados Unidos, que le sigue en magnitud. En muchos aspectos importantes, la industria minera sudafricana es la más eficiente y técnicamente la más avanzada del mundo.

El poderío de la industria minera explica el tercer aspecto que distingue a Sudáfrica. Salvo muy pocas excepciones —Costa de Marfil, Camerún, Kenya, Malawi y Botswana son cinco ejemplos que me vienen a la mente— la mayoría de los Estados negros han experimentado bajas en el ingreso real per cápita desde su independencia. En algunos casos, los descensos han sido drásticos y los Estados han sido virtualmente excluidos del sistema económico internacional. En Sudáfrica, por el contrario, el ingreso real de los negros ha aumentado sustancialmente en el curso de los últimos veinticinco años. En la década 1975-1985, por ejemplo, los salarios de los negros en la industria minera aumentaron en más del doble en términos reales, y esta mejoría ha continuado a pesar de la grave recesión que se inició en 1984, de la cual Sudáfrica se está recuperando recién ahora.

Este aumento del patrimonio de los negros sudafricanos no se limita a aspectos puramente financieros. Aun cuando la educación a que tienen acceso los negros en este país es pobre en comparación con la recibida por los blancos, es buena en relación con la instrucción impartida en casi todos los demás países del continente. El número de negros que completa su educación secundaria se aproxima hoy en día al total correspondiente a los blancos. De suerte que, aunque tal vez parezca sorprendente, la cantidad de mujeres con capacitación profesional supera ampliamente las 100 mil. Probablemente existen más mujeres profesionales negras en este país que en todo el resto del África negra tomado en conjunto.

Aun más, es importante recordar que esta modesta pero creciente prosperidad no está restringida a los negros nacidos en Sudáfrica. Cerca de la mitad de los mineros negros sudafricanos provienen de otros países, principalmente de Malawi, Mozambique, Lesotho, Suazilandia y Botswana, y la mayoría de sus salarios es remitida a su patria de origen; de modo que alrededor de 10 millones de personas en media docena de países dependen financieramente de la industria minera sudafricana en forma directa o indirecta.

Asimismo, sus respectivos gobiernos dependen en diversos grados de esos ingresos en moneda dura, y la presión ejercida por otros Estados africanos fue

un factor que puso término a la reciente huelga de mineros. El asunto puede resumirse de manera bastante simple: la continua prosperidad sudafricana es esencial para el bienestar económico de toda Africa meridional, y en la batalla por obtener mejores niveles de vida para los negros en todo este subcontinente, el anterior es uno de los factores más positivos.

El cuarto aspecto que singulariza a Sudáfrica en relación con el resto del continente es el hecho de que en varios sentidos es un país libre. Esta diferencia es muy poco advertida en el exterior, pero es de trascendental importancia. Sudáfrica es esencialmente una creación británica y como tal le fueron conferidas la mayoría de las libertades políticas e individuales que Gran Bretaña desarrolló durante siglos y transmitió a sus posesiones de ultramar; en igual medida disfruta del imperio de la ley, que en algunos aspectos es máspreciado que el derecho a voto.

Este legado libertario se ha erosionado desde que Sudáfrica alcanzó su independencia, y especialmente desde 1943; pero allí esta erosión se ha extendido mucho menos que en otros antiguos territorios británicos en Africa, o que en otras ex colonias africanas en las que se implantaron constituciones de estilo occidental. Sudáfrica aún posee una judicatura independiente, una prensa que es libre en muchos aspectos esenciales, y un Parlamento multipartidista, aun cuando es elegido sobre la base de un derecho de voto limitado por criterios raciales. Ningún otro Estado africano goza todavía de esta combinación de beneficios.

Sus recursos naturales, su moderna economía, su capacidad para elevar sus niveles de vida y sus libertades residuales. Estos cuatro aspectos en que Sudáfrica se diferencia de otros Estados del continente le son ampliamente ventajosos. Pero esos cuatro beneficios están contrapesados por un grave factor negativo. El quinto aspecto en que Sudáfrica se distingue es el hecho de ser el único país dentro de todo el continente africano que es objeto de un desmesurado interés en el extranjero; un interés que a menudo se traduce en una activa hostilidad.

No conozco ningún precedente histórico para tan generalizada y persistente obsesión internacional por los asuntos internos de un país independiente. Lo curioso es que ocurre en una época en que existe muy poco interés en el resto del mundo por el continente africano como un todo. A partir de la década de 1860, durante todo un siglo el interés internacional por lo ocurrido en Africa aumentó en forma sostenida. El continente pasó a formar parte del sistema mundial europeo: las guerras de Europa eran africanas, al igual que sus auges y decadencias; el viejo continente le transmitió sus instituciones, su religión, su tecnología, sus deportes, sus vicios y sus virtudes.

Durante la mayor parte de la década de 1960, cuando Africa accedió a la independencia, esta curiosidad se mantuvo, pero con el surgimiento de regímenes militares, el colapso de los sistemas económicos y los estragos provocados por inveteradas disputas fronterizas y guerras civiles, el mundo le volvió la espalda a Africa, excepto a la República Sudafricana, sobre la cual la atención internacional se ha ido concentrando cada vez más. Es como si el mundo, renuente o incapaz de hacer algo por ayudar a los nuevos Estados negros o sobrevivir ante los errores cometidos después de su independencia,

hubiera escogido a Sudáfrica como el chivo expiatorio moral para que cargue con los pecados de todos. Por tanto, la curiosidad mundial concentrada en Sudáfrica, con exclusión del resto del continente, está de por sí distorsionada, pues no existe un verdadero interés por ningún aspecto de la vida sudafricana que no esté directamente relacionado con el problema racial.

El hecho de que los encargados de formar la opinión internacional tergiversen la realidad sudafricana al excluirla de su contexto continental, y luego a su vez deformen sus problemas raciales al separarlos de su contexto nacional, no contribuye obviamente al entendimiento o a la cordura. Y las políticas que procuran aplicar frente a Sudáfrica aquellos que, en las Naciones Unidas, en el Congreso estadounidense y en otros organismos, se complacen en autodenominarse agentes y voceros de la conciencia mundial, han denotado ciertamente una desmesurada torpeza y a menudo han conseguido el objetivo opuesto al que aspiraban.

En efecto, analicemos lo que ha ocurrido desde que la ONU impuso por primera vez embargos, boicoteos y sanciones contra Sudáfrica. Una lección recurrente de la historia señala que las sanciones económicas son generalmente ineficaces contra una economía poderosa y moderna. A menudo no hacen más que reforzar los progresos en formas bastante inesperadas.

Sudáfrica contó tradicionalmente con una economía de estilo colonial que exportaba productos básicos e importaba productos manufacturados. Las sanciones impuestas durante el último cuarto de siglo simplemente han acelerado su progreso hacia la autosuficiencia económica.

El embargo de armas, aplicado hace más de dos décadas, sólo condujo a la creación de una industria de armamento nacional. Sudáfrica aprovechó la tecnología de su industria minera para transformarse en un líder mundial en la fabricación de explosivos convencionales, compitiendo así con la hasta entonces indiscutible supremacía en esta área detentada por Estados Unidos y Suecia. También se especializa en vehículos blindados a prueba de minas, campo en el cual parece haber superado a todos sus competidores. De importador de armas se ha convertido en exportador, vendiendo sus productos en todo el mundo, pero especialmente a otros gobiernos con necesidades similares. De tal manera que la ONU, que en cierta ocasión instruyó a sus miembros para que cesaran de vender armamento a Sudáfrica, se ve forzada en la actualidad a solicitarles que no le compren armas.

Por otra parte, el embargo petrolero produjo como resultado predecible el que Sudáfrica, para lograr más de un 85 por ciento de autosuficiencia energética, creara una industria de combustible sintético —cuyo principal integrante, Sasol, empresa mixta que transforma el carbón mineral en productos derivados del petróleo—, y haya llegado a transformarse en el actual líder mundial en esta tecnología.

Lo anterior involucró la modernización y la expansión de la industria carbonífera, y como una imprevista pero muy importante consecuencia del embargo, Sudáfrica ha creado el comercio de exportación de carbón de más bajo costo en el mundo. Ha captado un gran porcentaje del mercado japonés e incluso ha logrado exportar carbón a los Estados Unidos obteniendo utilidades, situación que habría sido inconcebible cuando el embargo fue

impuesto por primera vez. Si bien estas exportaciones son vulnerables al proteccionismo propuesto como sanción, no caben dudas acerca de su competitividad.

El último intento por ejercer presiones sobre Sudáfrica, la campaña de retiro de inversiones montada en los Estados Unidos e imitada hasta cierto punto en Gran Bretaña, parece estar obteniendo similares resultados. Uno de los puntos débiles de Sudáfrica era que su industria minera y, aún más, sus instituciones financieras, estaban controladas en gran medida desde el extranjero. El proceso mediante el cual los sudafricanos han ido adquiriendo una participación mayoritaria en sus propias minas se remonta a varios años atrás, y el retiro de inversiones no ha hecho más que acelerarlo.

No obstante, en el sector financiero los recientes cambios han sido mucho más importantes, puesto que las instituciones británicas y norteamericanas han traspasado su propiedad y control a asociados o consorcios administrativos locales, por lo general a precios de ocasión. Sudáfrica se encuentra, pues, adquiriendo a un costo nominal lo que ningún otro Estado africano posee: su propio complejo local de modernas instituciones financieras. A la postre, el resultado bien puede ser diametralmente opuesto al que deseaban obtener quienes solicitaron el retiro de inversiones, pues Sudáfrica está emergiendo del proceso con un gran fortalecimiento de su soberanía económica y de su poder para desafiar a sus críticos extranjeros.

Por supuesto que el retiro de inversiones fue proyectado para privar de fondos a la economía sudafricana, y especialmente a su industria minera. Cuesta entender cómo se propuso esta iniciativa si al mismo tiempo se garantizó la adquisición por parte de Sudáfrica de sus propias fuentes generadoras de dinero. Lo cierto, sin duda, es que mientras la inversión en Sudáfrica, especialmente en minería, siga siendo altamente rentable, el capital seguirá llegando a este país.

Ahora bien, lo anterior me lleva a una de las principales observaciones que deseo formular. Al buscar un lugar donde asentarse y fructificar, el capital no tiene interés en las resoluciones de la ONU. Ello ocurre con todas las variables económicas impersonales. El precio del oro, ese factor primordial en la salud económica sudafricana, sube o baja de acuerdo con sus propios principios de fluctuación. No responde a motivos de orden político, ideológico o humanitario. Lo mismo vale para el capital considerado como un todo. Es sordo a los discursos, indiferente ante los "ismos", insensible a las manifestaciones; y tampoco distingue los colores. No emite juicios de carácter étnico o ético; sólo de tipo financiero. Es un factor racionalista, el gran destructor de la sinrazón, de los prejuicios, de la falta de lógica y de las insensateces del pasado. Pues en realidad el capitalismo no es de ningún modo un "ismo", sino meramente un fenómeno que ocurre en ciertas etapas del desarrollo de un mercado libre, a menos que se adopten medidas muy enérgicas y positivas para detenerlo.

Es por lo tanto el gran disolvente de castas y clases, que en su búsqueda impersonal de utilidades barre con las desigualdades artificiales que los seres humanos crean entre sí, ya sea basadas en la herencia, en la ocupación, en la casta o en el color. Destruyó el sistema feudal. Si se le deja actuar, debería terminar con el *apartheid*.

Ahora bien, ¿qué es el *apartheid*? No corresponde, como mucha gente parece pensar, a la posición de la extrema derecha en el espectro político-económico. Muy por el contrario. Podría describirse más exactamente como un socialismo étnico, un sistema regresivo y primitivo que necesariamente implica la interferencia estatal en todos los aspectos de la actividad económica, un enorme sector público, una injerencia cada vez mayor del Estado en el ingreso nacional y un conjunto de leyes restrictivas que inhibe las operaciones de un mercado libre.

El capitalismo es incompatible con el *apartheid*, en general por las mismas razones por las que es incompatible con el feudalismo: no puede coexistir con un sistema social y político basado en la casta racial heredada, que prohíbe la libertad de movimientos, y el mercado libre a la clase obrera y que subordina todas las decisiones comerciales a las necesidades de una cosmovisión irracional.

Por ende, el capitalismo tenderá a destruir el *apartheid*, a menos que se le impida hacerlo mediante argumentos positivos. Incluso podemos ir más lejos: al no distinguir colores, posee una tendencia inherente a promover los intereses de los negros.

Si analizamos las aspiraciones de los negros en Sudáfrica, no como se las conoce en teoría y desde el exterior, sino en su verdadera dimensión, descubriremos que las prioridades de los negros se concentran en cinco objetivos prácticos. Ellos son, en probable orden de importancia: una mejor educación para sus hijos; derecho de ciudadanía; derecho a la propiedad privada, especialmente títulos de vivienda, en cualquier lugar del país; libertad de movimiento y residencia y —una natural consecuencia de las últimas tres demandas— el término de la excesiva supervisión policial. Personalmente yo agregaría una sexta aspiración, acariciada especialmente por los negros con buen nivel educacional y técnico: el derecho a un trabajo sobre la sola base del mérito.

Es un hecho significativo el que en todas estas diversas demandas los negros cuenten hoy en día con el firme apoyo de prácticamente toda la comunidad económica. No es sorprendente, ya que todos esos derechos no son meramente compatibles con el sistema capitalista, sino que conducen directamente a su funcionamiento exitoso. Las necesidades del capitalismo y las esperanzas de los negros se complementan mutuamente. Esa es la razón por la cual poseen un interés común en desmantelar el *apartheid*.

Dentro de la naturaleza del capitalismo se encuentran la creación de consumidores, el aumento de su poder adquisitivo, la ampliación de sus horizontes, la creación de un mundo en el que todos tengan niveles de consumo de clase media que la inmensa capacidad productiva del capitalismo pueda entonces satisfacer.

Ahora bien, sabemos que el hombre no vive sólo de pan. Pero éste ayuda. Los negros de Sudáfrica no son distintos a ninguna otra persona. Ellos desean contar con mejores hogares. Desean automóviles y electrodomésticos, mejores escuelas y atención de salud. Probablemente la mayoría de ellos aspira a un mejor futuro para sus hijos. Si se le permite actuar, el capitalismo puede finalmente proporcionar todo esto, como ocurrió en Europa y

Norteamérica, y como está ocurriendo en Asia Oriental con incontables millones de personas.

Por cierto que tales aspiraciones no pueden separarse del contexto político. Pero la historia demuestra que allí donde avanza el capitalismo el derecho de voto nunca está lejano. Así, en Gran Bretaña, la primera ola de la Revolución Industrial fue seguida, a su debido tiempo, por el primer Proyecto de Reforma, que extendió el derecho a voto y la representación parlamentaria. En los Estados Unidos la industrialización y la democracia avanzaron mano a mano. A la larga, el tipo de prosperidad masiva generada por el capitalismo de mercado libre es incompatible con la negación de derechos políticos.

Si consideramos la situación actual de la Europa al oeste de la cortina de hierro, nos encontramos con un sistema de mercado triunfante en todas partes, niveles de vida más altos que nunca antes y, por primera vez en la historia, cada Estado europeo en particular es una democracia parlamentaria bajo el imperio de la ley. ¿Están relacionadas estas situaciones? Por cierto que sí, pues la libertad económica y la libertad política son indisolubles.

Ahora, más de alguien podría afirmar: pero esa es Europa y aquí estamos en África. Por supuesto que las diferencias son enormes. Pero dentro de la larga perspectiva de la historia no son nada comparadas con las similitudes.

Durante el último cuarto de siglo hemos visto cómo media docena de Estados de la costa asiática del Pacífico, con tradiciones culturales muy distintas a las de Europa, han creado economías de mercado libre sorprendentemente exitosas, las cuales han traído consigo una prosperidad sin precedentes para sus pueblos. El número de estos Estados está aumentando en Asia a medida que se advierte el progreso alcanzado por los pioneros y su ejemplo se propaga.

¿Por qué la experiencia africana debería resultar diferente si se cuenta con el tiempo y la paciencia necesarios? Es en este punto donde retorno a mi argumento del principio, según el cual lo que ocurre en Sudáfrica no puede ser separado de lo que sucede en el resto del continente. En conjunto, África es una zona que fue colonizada en el pasado y que lucha duramente para encontrar sus formas de expresión política propias y forjar su propio camino hacia la prosperidad económica.

Sudáfrica comenzó a ser independiente antes de la Primera Guerra Mundial, de modo que se adelantó al resto en una o más generaciones. Sin embargo, se enfrentó esencialmente con el mismo problema: ¿cómo reemplazar el control europeo?

Al responder a esta pregunta, todos los Estados recién emancipados han cometido errores. En algunos casos (Uganda, Tanzania y Ghana, por ejemplo) los errores han sido muy graves, casi fatales en realidad. Pero aun cuando las equivocaciones han variado en magnitud, han tendido a seguir un patrón común, que estoy tentado en llamar falacia política, es decir, la suposición de que todos los problemas sociales y económicos tienen una solución política, siempre y cuando ésta se aplique con el suficiente rigor.

Esta falacia fue expuesta con mayor claridad en 1963 por el político ghanés Kwame Nkrumah. Según declaró, los objetivos de África, incluida su

unidad, constituían “sobre todo un reino político, que puede ser alcanzado sólo por medios políticos. El desarrollo económico y local de Africa sólo llegará dentro del imperio político, no al revés”. Bueno, estaba equivocado, ¿o no?

Otros líderes —Nyerere, Sekou Touré, Mengistu, para mencionar sólo a algunos de los más característicos— cometieron el mismo tipo de error, y sus respectivas naciones pagaron por ello. Sudáfrica por su parte también incurrió en la falacia política, que en su caso se materializó en el *apartheid*.

Todos estos errores, que hicieron hincapié en la supremacía e invencibilidad de la solución política e ideológica, y todos los cuales involucraron una gran dosis de tecnología social, de apremios infligidos a hombres y mujeres comunes, fueron diferentes formas de socialismo estatal. Todos ellos han fracasado económicamente, y todos, en diversos grados, han conducido a la violencia interna.

Hasta ahora Sudáfrica ha escapado a los golpes, sublevaciones y guerras civiles que han sido las consecuencias de la falacia política en tantos Estados africanos negros. Pero también ha pagado por el error del *apartheid*, que se ha traducido en un clima de tensión interna, un inmenso y represivo aparato de seguridad y brotes esporádicos de violencia política.

Ahora bien, me parece que después de un cuarto de siglo de haber depositado su confianza en el reino político, el continente africano en general está comenzando a aprender. Está empezando a comprender que los problemas sociales y económicos no pueden ser abordados con soluciones políticas drásticas, ingenuas y abstractas. En todos los países avanzados del mundo, el socialismo y su monstruosa progenie, el Estado todopoderoso que todo lo abarca, está en retirada. Incluso en Moscú y Pekín está comenzando a replegarse. Africa no es inmune a esta tendencia global. Lentamente, dolorosamente, casi con renuencia, los líderes políticos africanos están comenzando a advertir que el Estado no puede hacerlo todo —en rigor, apenas si puede hacer algo bien, excepto tal vez matar— y las disposiciones económicas y sociales surten un mejor resultado si se confían a la inteligencia y la sabiduría de los hombres y mujeres del área privada.

Allí donde el Estado se retira y retrocede, el capitalismo de buena gana interviene para llenar el vacío. El proceso está comenzando en muchas regiones de Africa. Deberá transcurrir mucho tiempo para que dé frutos, pues se ha causado un daño incalculable a infraestructuras económicas que, para comenzar, eran inadecuadas y frágiles. Sin embargo, por fin Africa está adoptando la dirección adecuada.

Ahora se presenta la oportunidad para que Sudáfrica, al contar con la economía líder —y la única moderna— del continente africano, desempeñe su papel. ¿Puede aprender de las lecciones dejadas por su propia versión de la falacia política y dismantelar el *apartheid* con deliberada celeridad? ¿Puede crear mediante el esfuerzo una economía operativa de libre mercado que demuestre ser eficiente y que por sí sola pueda imprimir el dinamismo para llevar a Africa al primer plano de la sociedad próspera? ¿Puede, al escapar de su aislamiento como chivo expiatorio del continente, asumir el rol que la naturaleza y sus propias aptitudes seguramente le tienen asignado, cual es el liderazgo económico de Africa?

Pienso que la respuesta a estas preguntas, que aún son demasiado amplias, dependerá en gran medida de los jóvenes de todas las razas que actualmente están creciendo en Sudáfrica. Recurrimos a los ancianos en busca de sabiduría, pero sólo los jóvenes pueden aportar la pasión idealista, que es una característica tan incorregible de los años mozos.

Después de los disparates ideológicos del último cuarto de siglo, en Africa reina un espíritu de displicencia y derrotismo moral que necesita ser corregido. Si se le permite actuar, el sistema de mercado indudablemente preparará el camino. Pero como ya lo he dicho, es ciego, impersonal, materialista e inhumano. Por sí solo es incapaz de proporcionar en las dosis necesarias el antidoto de idealismo. Requiere una dimensión moral que sólo los seres humanos pueden aportar.

Africa necesita un ejemplo económico, pero también un liderazgo moral que reconozca cuán esencial que es el éxito económico para lograr cualquier otro objetivo, que procure obtenerlo en forma sistemática, pero que sepa que el materialismo no es suficiente.

Cuando analizo las perspectivas de Sudáfrica para los próximos veinte años, tiendo a adoptar una actitud optimista. Dos veces en mi vida, la primera a principios de la década de 1960, y luego entre 1985 y 1986, las predicciones apocalípticas para esta nación, que preveían una espiral de violencia que culminaría en un destructivo cambio de régimen, se han visto invalidadas por los hechos.

Ya no creo de ningún modo en una solución catastrófica para Sudáfrica. Hay demasiada gente de todas las razas que tiene demasiado que perder; y demasiado que ganar con las alternativas racionales.

Más aún, la razón y los dones de la razón son la recompensa para la gente de criterio abierto. Y por una curiosa paradoja, en los últimos años Sudáfrica —supuestamente oscurantista, ensimismada y retrógrada, la Sudáfrica del *laager* (1)— ha adoptado en forma bastante sorprendente una posición muy abierta respecto de su futuro.

La manera de enfrentar el futuro se ha transformado en el principal tema de discusión, tal vez más que en cualquier otro país del mundo en la actualidad. A este respecto, las actitudes hostiles de parte del resto del mundo no han sido un mero inconveniente, sino que además han forzado o al menos han alentado a los sudafricanos para que piensen profunda y sistemáticamente en lo que deben hacer. Como habría dicho el doctor Johnson: si sabemos que dentro de quince días retirarán las inversiones de nuestro país, nuestra mente se concentra maravillosamente.

Sudáfrica está comenzando a concentrar su mente; y a mi juicio este proceso debería impulsarla por la senda a través de la cual ya la están conduciendo las fuerzas subyacentes del capitalismo, hacia una sociedad basada no en clases, castas o razas, sino en el mérito. De modo que durante las dos próximas décadas se apreciará una reforma radical y una repartición del poder, aunque no podría decir si en su fase inicial se tratará de una reforma iniciada desde arriba o de una reforma por negociación. Presumo que un poco de ambas.

(1) *Laager*: campamento protegido por carromatos en círculo. (N. del T.).

De lo que sí estoy seguro es que para que sea exitoso y sienta las bases de un futuro duradero en el siglo XXI, este proceso de reforma demandará no sólo buen sentido económico y audacia política, sino también, y lo que quizá es lo más importante de todo, sensatez moral.

Quisiera finalizar con una observación herética. Desearía que actualmente en Sudáfrica reinara algo más del espíritu de Cecil Rhodes. El no es hoy en día una figura popular. En rigor, figura abiertamente dentro de la demonología africana de la izquierda. Sin embargo, Rhodes fue un genio; y la clase de genio que Africa necesitaba antiguamente y necesita ahora.

Era un gran gestor de negocios, el arquitecto de enormes compañías e instituciones, la mayoría de las cuales ha sobrevivido y continúa floreciendo. Sin embargo, él nunca cometió el error de considerar el dinero, los negocios o las utilidades como otra cosa que no fuera el medio para conseguir un fin: el perfeccionamiento del hombre. Toda su vida fue un apasionado de la educación, pues veía en el conocimiento la clave de todo lo demás.

A la edad de 18 años se dirigió a las excavaciones de Kimberley, y como elemento principal de su equipaje llevó consigo un inmenso diccionario de griego. A pesar de haberse transformado en un hombre de negocios prometedor insistió en seguir estudiando en la Universidad de Oxford. Y tanto durante su vida como después de su muerte, en su testamento, donó la mayor parte de su fortuna a la educación.

Rhodes no fue sólo un gran progresista, sino también un visionario, adelantado a su época. Al idear la casa de crédito comercial para la minería estaba proyectando el capitalismo desde la década de 1880 hacia el siglo XX. Si estuviera trabajando actualmente, cien años más tarde, estaría proyectando la década de 1980 hacia el siglo XXI. No estaría hablando en términos de paternalismo, que tenían sentido en la década de 1880, sino en términos de asociación, que tienen sentido hoy en día, pero exactamente con la misma combinación de realismo e idealismo que caracterizó todo su enfoque del desarrollo de Africa.

Esa mezcla, esa combinación de sentido práctico y sensatez moral es una característica que la juventud debería estudiar y procurar adquirir. Pues ninguno de ellos es eficaz sin el otro.

A la larga, el futuro de Sudáfrica —el futuro de todo el continente— está en las manos de sus propios habitantes, de todas las razas, religiones y culturas. El mundo exterior puede constituir, en el mejor de los casos, sólo una ayuda o un impedimento marginal. No puede hacer gran cosa por ninguna de ambas vías, ya sea colmando de ayuda al continente africano, ya sea bombardeándolo con embargos y sanciones. La comunidad internacional debe darse cuenta de que Africa realmente no tiene otra alternativa que no sea progresar sin ayuda como continente y lograr su propia salvación.

Que avance por sus propios medios con su espíritu de armonía y camaradería, o en medio de un clima de discordia y violencia, dependerá en gran parte de la calidad e inteligencia de los líderes que Sudáfrica tiene el deber de proporcionar como su elemento más poderoso.